

vencidos fácilmente. Hicieron luego una heroica tentativa para sacudir el yugo. Los colonos contaban con el auxilio de la madre patria. Uno de los jefes de la insurrección, Aristágoras, se presentó á Cleomenes, rey de Esparta. Trató de excitar su ambición, diciéndole que los pueblos de Oriente eran muy ricos; le indicó en una carta geográfica que llevaba en la mano la ciudad de Susa, residencia del Gran Rey, y exclamó: «Si os apoderais de esta ciudad, podréis sin temor competir en riquezas con el mismo Júpiter.» Cleomenes preguntó á Aristágoras cuántas jornadas habia desde el mar Jónico hasta la residencia del Rey. El tirano respondió que habia tres meses de camino. «Amigo mio, le dijo el Rey: una marcha de tres meses al otro lado del mar no parece bien á los Lacedemonios. Salid de Esparta ántes de la puesta del sol» (1). Aristágoras encontró en los Atenienses mejor acogida. Herodoto deplora su intervencion en la insurrección jónica, porque fué la causa de las guerras médicas (2). Fué más bien la ocasion; la lucha entre los Persas y los Griegos era inevitable. Léjos de condenar la conducta de los Atenienses, la admiramos; los hombres son solidarios, la causa de la libertad es la de todos los pueblos libres. ¿Qué importa que la ciudad de Minerva sea saqueada por los Bárbaros, que sus habitantes anden errantes y sin patria? Atenas renacerá de sus cenizas cubierta de gloria; alcanzará la direccion de los intereses de la Grecia, dominará en la filosofía y en las artes lo mismo que en las armas, y su nombre brillará entre los más grandes con que se honra la humanidad.

(1) HEROD., V, 49 y sig.

(2) Al sentimiento del historiador griego opondremos el juicio de la posteridad. Si Aristágoras halló mejor acogida en Atenas que en Esparta, dice NIEBUHR (*Vorträge über alte Geschichte*, t. I, p. 379), no es porque fuese más fácil engañar á 30.000 Atenienses que á algunos Espartanos, ni tampoco porque haya más sabiduría en las aristocracias que en las democracias; sino porque en una asamblea popular encuentra más eco una excitacion á los nobles sentimientos que en una oligarquía.

CAPITULO IV.

LA ESCLAVITUD (1).

«Ved esa Grecia tan culta; no se hablaba en ella más que de independencia, y sus campiñas estaban cubiertas de esclavos, y encadenaban naciones enteras á los piés de la estatua de la libertad.» Hay una triste verdad en estas palabras de Lamennais (2). Asusta pensar cuántos hombres habrán gemido en la servidumbre para que algunos millares de ciudadanos pudiesen vivir libres y desarrollar aquella brillante civilizacion que tanto atractivo tiene para nosotros. Si álguien prefiriese los Griegos á los pueblos modernos, se le puede responder victoriosamente presentándole la cifra de los esclavos. En Esparta habia 36.000 ciudadanos, 244.000 ilotas y 120.000 periecos, cuya condicion apenas diferia de la de los esclavos. El censo de Atenas llevado á cabo bajo el arcontado de Demetrio Falereo dió por resultado 21.000 ciudadanos, 10.000 metecos y 40.000 esclavos. Si los documentos conservados por Ateneo son exactos, el número de esclavos era aún más considerable en otras repúblicas: segun él, habia 460.000 esclavos en Corinto y 470.000 en Egina (3). Un sabio académico pregunta cómo podian vivir tantos seres humanos en el terreno montañoso y estéril de una isla que no tiene más de cuatro leguas cuadradas

(1) BROUWER, *Historia de la civilizacion moral y religiosa de los Griegos*, t. I, p. 248-271.

(2) *Ensayo sobre la indiferencia*, c. X.

(3) ATHEN., *Deipnos.*, VI, 103.

de superficie (1); no considera que se trata de esclavos, y que á aquellos seres infortunados no se les concedía más que el aire y el alimento estrictamente necesario para no morir.

El origen de la esclavitud se confunde con el origen de la Grecia. Existía en la edad heroica (2); sin embargo, no se encuentran en los poemas de Homero vestigios de un comercio regular de esclavos. Los habitantes de Chios fueron los primeros, según se dice, que compraron seres humanos para revenderlos. Ateneo, que refiere el hecho, añade que los dioses castigaron aquel atentado con la más horrible de las guerras, la de los amos y los esclavos: nadie les impedía, dice, servirse de hombres libres pagándoles su salario (3). Aceptamos la censura del escritor griego como una protesta de la conciencia humana contra el tráfico impío de la libertad; pero no debe dirigirse contra los habitantes de Chios, sino contra toda la antigüedad. El comercio de esclavos es una consecuencia inevitable del principio de la esclavitud. En los tiempos heroicos la guerra y la piratería bastaban para abastecer de esclavos á la Grecia. La costumbre de los rescates disminuyó su número, y como su utilidad aumentaba con los progresos de la civilización material, la necesidad hizo buscar otro medio de adquirir esclavos. Hallósele en los países bárbaros, en los cuales crecían generaciones numerosas y fuertes en medio de la pobreza. Ya hemos dado en otra parte detalles acerca de este tráfico atroz, cuyos principales agentes eran los Fenicios (4); hemos dicho que, á pesar de todo lo que tiene de criminal, ejerció una influencia inmensa sobre las relaciones de los pueblos. Puede, pues, decirse, sin incurrir en paradoja ni en sacrilegio, que aquel comercio, fundado en una violación de la naturaleza humana, dió por resultado la preparación á la futura unidad del género humano. ¡Espectáculo triste y consolador á la vez! Por espacio de muchos siglos la dignidad del hombre se ha visto rebajada hasta el punto de considerarlo como cosa; sin embargo, ¡Dios hace servir este mal de los

(1) LETRONNE, *Memoria sobre la población del Ática* (*Mémoires de l'Institut*, t. VI, p. 176).

(2) ODYSSEY, VII, 8; XV, 452; XXIV, 211.

(3) ATHEN., VI, 68, 91.

(4) Véase el tomo I de mis *Estudios*.

males para beneficio de la humanidad! Seguramente nadie dirá que los comerciantes de carne humana se propusieron por objeto activar las relaciones de los pueblos y aproximar el día en que han de tratarse como hermanos. Admirémos los designios de la Providencia, sin justificar por esto ni disculpar los crímenes de los hombres. La circunstancia de que la gran mayoría de los esclavos era de origen extranjero sirvió para mezclar las naciones, pero tuvo también una consecuencia perniciosa, dando á la servidumbre el carácter de una diferencia de raza: el Griego era libre por nacimiento y el Bárbaro había nacido para servir. Así el mundo se dividió en dos partes: de una parte un pequeño número de amos, los Helenos; de la otra, la inmensa mayoría del género humano, los Bárbaros, los esclavos. ¡Funesta división que recuerda las castas orientales, y que impidió á los Griegos tener conciencia de la unidad y de la fraternidad de los hombres!

La Grecia desconocía la naturaleza humana. ¿Seguirá hasta el fin por esta falsa senda? El instinto de la fraternidad innato en el hombre venció al rigor del derecho. El trato de los esclavos mejoró: hasta hubo algunas reclamaciones en favor de la igualdad. Consignemos este progreso; por poco considerable que parezca, sirve para demostrar la perfectibilidad de nuestros sentimientos y de nuestras ideas. La historia no puede ofrecernos mayor enseñanza. Hay espíritus pesimistas ó preocupados que quisieran reducir el progreso á los elementos materiales de la civilización. Por fortuna los hechos desmienten constantemente sus desconsoladoras doctrinas. La antigüedad no vió desaparecer la esclavitud, y aún creía que sería eterna, como creía también en la eternidad de todos los males que afligen á la humanidad. Compárese, sin embargo, la suerte de los esclavos, tal como la pintan los poemas de Homero, con la de los tiempos históricos, y se verá si la humanidad ha progresado. ¡Cosa notable! Generalmente el hecho contiene el desarrollo del derecho. En la cuestión presente el hecho se anticipa al derecho, si se atiende á que el derecho estricto convertía al esclavo en una máquina, al paso que en realidad se le trataba como un hombre.

En los siglos heroicos el poder del amo era absoluto; podía mutilar, matar á su esclavo; ni las leyes ni las costumbres ponían

límite á su venganza. Escuchemos á Homero: «La bella Melanto, olvidando los beneficios de Penélope, se habia enamorado de uno de los pretendientes. Colmó de injurias á Ulises, que se presentó disfrazado de mendigo. El héroe, montando en cólera, le respondió: «Desvergonzada, voy á referir ahora mismo á Telémaco lo que acabas de decir, para que cuando llegue te haga pedazos» (1). Cuando llegó el día de la venganza, Telémaco dijo: «Que no perezcan con muerte honrosa estas esclavas que han llenado de oprobio mi frente, la frente de mi madre, y que han descansado en los brazos de los pretendientes.» En seguida ató un cable de un buque á una alta colina y la otra extremidad á una torre, de manera que los piés de las esclavas no pudiesen tocar tierra. Todas fueron colgadas unas al lado de otras, para que muriesen vergonzosamente. Agitaron sus piés por algunos momentos, pero pronto dejaron de respirar y de vivir. Mas cruel suplicio aguardaba á Melantio que habia osado combatir á su señor. Los pastores le hacen bajar al patío; le cortan las narices y las orejas, le arrancan los órganos de la virilidad y los arrojan palpitantes á los perros; y no satisfecha su cólera le cortan tambien los piés y las manos» (2).

El derecho del amo sobre la vida del esclavo no resistió á la acción del sentimiento de humanidad que se conservó siempre entre los Griegos en medio de las preocupaciones y de las costumbres de aquella edad de violencia. La vida del esclavo, lo mismo que la del hombre libre, fué puesta bajo la protección de la justicia (3). Pero aquí se acaba la igualdad. El orgullo del hombre libre levantó entre él y el esclavo todas las barreras imaginables. No tenían los mismos nombres, los mismos trajes, los mismos dioses. La desigualdad subsistía hasta despues de la muerte: Caronte se negaba á recibir en su barca al esclavo al mismo tiempo que á su amo. La distincion se dejaba sentir hasta en aquellas relaciones en que la conmiseracion natural al hombre hubiera debido establecer la igualdad: así como nosotros tenemos veterinarios para los animales, los Griegos tenían prácticos especiales para sus esclavos.

(1) ODYS., XVIII, 337-339.

(2) IBID., XXII, 462-477.—C. ILIAD., XXI, 441-455.

(3) WACHSMUTH, *Hellenische Alterthumskunde*, t. II, p. 425.—HERMANN, *Griechische Staatsalterthümer*, § 114, núm. 7.

vos. De hecho los esclavos estaban sometidos al poder arbitrario de un amo que era para ellos «la ley, la regla de lo justo y de lo injusto» (1).

Hubo sin embargo, legisladores que se ocuparon de la suerte de los esclavos. Demóstenes cita con orgullo la ley ateniense que castiga al que insulte á un esclavo: «En nombre de los dioses, exclama, yo os lo pregunto: ¿si cualquiera de vosotros hiciese conocer esta ley á los Bárbaros, si les dijese: hay Helenos tan dulces, tan humanos que, á pesar de vuestras injusticias respecto de ellos, á pesar del odio instintivo que os profesan, no permiten que se injurie á aquellos Bárbaros que han comprado para que les sirvan de esclavos; si, repito, los Bárbaros oyeran y entendieran este lenguaje, ¿creeis que no os concederian á todos, por unanimidad, el derecho de hospitalidad?» (2). Dudamos que los Bárbaros hubieran agradecido los sentimientos de los Griegos respecto de ellos. ¡Singular humanidad que ve en todo Bárbaro un esclavo, y que luego se enorgullece por que la naturaleza humana, falseada, degradada, no es completamente pisoteada! He aquí lo que la conciencia moderna responderia á Demóstenes; pero, bajo el punto de vista de la antigüedad, el magnífico elogio que hace del pueblo ateniense está en su lugar. La intervencion del legislador en favor de seres de una naturaleza inferior es tan extraña en las ideas antiguas, que tal vez no sea una injusticia el atribuirle otros motivos además de los sentimientos de humanidad. En la misma tribuna de Atenas otro orador, citando una ley que castiga la violencia cometida sobre un esclavo, añade esta reflexion: «No es esto que el legislador se interese por el esclavo; sino que, para acostumbrarnos más al respeto de las personas libres, hace extensivo este respeto áun adonde no hay libertad» (3). Pero no rebusquemos con demasiado rigor los motivos que inspiraron á los Atenienses; aplaudamos más bien sus decretos, viendo en ellos el primer germen de la humanidad, que tanto desarrollo ha adquirido en los pueblos modernos.

(1) MENANDER, *fragm.* 56.

(2) DEMOSTH., c. *Mid.*, § 49, 50, p. 530.—C. ATHEN., VI, 92.

(3) AESCHIN., c. *Timarch.*, 17, ed. Bekk.

Los Atenenses representaban á Teseo como el protector de los oprimidos; quisieron que aún despues de su muerte continuára siendo el amparo de los desgraciados; su sepulcro era un sitio de asilo para los esclavos (1). El derecho y la religion contribuyeron á mejorar su condicion. ¡Cosa inaudita en la remota antigüedad! el esclavo, víctima de una violencia injusta, llegó á tener la facultad de querellarse contra su amo (2). Los templos, cerrados en otras partes para los esclavos, estaban en Atenas abiertos para ellos; podian acompañar á sus amos á los santuarios en donde se celebraban los misterios (3); y aún se los admitia á tomar parte de la diversion en ciertas fiestas (4). La sociabilidad ateniense fué favorable á los esclavos; la libertad de hablar era en cierto modo un privilegio de todos los que respiraban el aire del Ática. Demóstenes dice que el esclavo era más libre en su lenguaje en Atenas que el ciudadano en otras repúblicas (5). Esta libertad concedida á los esclavos no era del agrado de los espíritus imbuidos en las preocupaciones aristocráticas de la antigüedad; Jenofonte no acaba de admirarse de su licencia; «no está permitido pegarles, dice; os disputan el paso.» La igualdad social era casi completa; «no es posible distinguir, añade el escritor griego, el esclavo del ciudadano ni por el aspecto ni por el traje» (6).

¿No se ha ocupado el paganismo de la suerte de los esclavos? Se le echa en cara no haber hecho nada por la abolicion de la servidumbre. Es cierto que el politeismo carecia de la idea de la unidad humana; fundado en la pluralidad de los dioses, no podia elevarse á la concepcion de la fraternidad de los hombres. El cristianismo realizó un progreso inmenso, sustituyendo la unidad divina á la diversidad pagana. Pero no exageremos la influencia de la religion cristiana á costa del paganismo. La igualdad evangélica es puramente religiosa; Jesucristo no pensaba en la igualdad civil.

(1) PLUTARCH., *Thes.*, 36.—C. PETIT., *Leg., Attic.*, I, 1, 10.

(2) WALLON., *Sobre el derecho de asilo en Atica (Institut.*, 11.^a secc., 1851, página 134 y sig.).

(3) PETIT., *Leg. Attic.*, I, 1, 8.—LOBECK., *Aglaoph.*, t. I, p. 118 y sig.

(4) Las Dionisiacas. WASCHSMUTH, t. II, p. 580.

(5) DEMOSTH., *Philipp.*, III, § 3, p. 111.

(6) XENOPH., *Resp. Ath.*, I, 10, 12.

A decir verdad, la emancipacion de las clases serviles no es una cuestion religiosa, sino una cuestion social; así es que no tuvo lugar hasta despues de la invasion de los Bárbaros, bajo la influencia del espíritu germánico y de las instituciones feudales. Todo lo que se puede pedir á la religion es que inspire á los amos sentimientos de humanidad, y que defienda á los esclavos maltratados. El paganismo lo hizo. Abrió sus asilos á los esclavos. Los que se refugiaban en el templo de los Palicos en Sicilia estaban libres de las persecuciones de sus amos (1). Hasta habia asilos que emancipaban al esclavo; cuando colgaba sus cadenas en el bosque sagrado de Flionte era libre (2). A veces la religion intervenia en estas emancipaciones. Cuando se queria emancipar algun esclavo, se le consagraba ó se le vendia á un dios; con esto quedaba libre, y su libertad era más completa que la de los emancipados ordinarios (3). El paganismo supera en esto al cristianismo. En la Edad Media se vieron hombres libres que se consagraban á un santo, y pasaban á ser siervos de la Iglesia, al paso que los dioses paganos libraban de la servidumbre. Esto solamente sorprenderá á los que no conozcan el cristianismo; como religion del otro mundo, deja la igualdad para el cielo, y prefiere en este mundo la esclavitud á la libertad. El paganismo no incurrió en esta falta. Aunque le faltaba el sentimiento de la igualdad lo mismo que á la filosofía, la religion se mostró superior á la ciencia, conservando en las fiestas de la igualdad la memoria de la edad de oro en la cual no habia esclavos. Encontramos ya una fiesta de esta especie en Babilonia. Durante cinco dias los esclavos mandaban á sus amos; uno de ellos, vestido de rey, tenía la direccion suprema de la familia (4). ¡Triste impotencia del espíritu humano! Siente vagamente que la servidumbre viola las leyes de la naturaleza, y es incapaz de elevarse hasta la igualdad. Estas fiestas pasaron del Asia á la Grecia y á Italia (5). La religion, al considerar á los esclavos como capaces

(1) DIODOR., XI, 89.

(2) PAUSAN., II, 13, 3.—MAURY., *Religiones de la Grecia*, t. II, p. 71.

(3) *Anecdota delphica*, ed. Curtius.—*Allgemeine Literaturzeitung*, 1841, números 331, 232.

(4) ATHEN., XIV, 44.

(5) Se las encuentra en la isla de Creta, en Trezene (ATHEN., IB.), entre los Atenienses y aún en Esparta (HERMANN, t. II, § 43, nota 10).

de reinar en lugar de sus amos, les reconocía la personalidad humana y destruía el fundamento de la esclavitud. Este era un germen que más adelante había de desarrollarse con los progresos de la civilización. La poesía, ese órgano de la belleza y del bien, fué el intérprete de los nuevos sentimientos. En el teatro de Atenas se oyeron reclamaciones en favor de la igualdad (1).

Todavía había en Grecia una protesta contra la esclavitud más elocuente que la de la religión y de la poesía. El hecho universal de la esclavitud había dominado la profunda razón de Aristóteles; sin embargo, había algunas comarcas griegas, los Focidios y los Locrios de Italia, entre las cuales no existía la esclavitud (2). Pero, cosa singular y que prueba cuán íntimamente relacionada estaba la esclavitud con el orden social de la antigüedad, este hecho pasó desapercibido; la posteridad se ha hecho cargo de él como de un testimonio de la igualdad humana que existía hasta en el seno del régimen de la desigualdad.

(1) Véase más adelante, libro VII, c. 3, § 5, 6.

(2) ATHEN., VI, 86.

LIBRO CUARTO.

LAS HEGUEMONÍAS.

CAPÍTULO I.

ESPARTA.—PRIMERA HEGUEMONÍA DE ESPARTA.

§ I.—Consideraciones generales sobre Esparta y su derecho de guerra.

Esparta ha tenido una suerte singular. En la antigüedad, Licurgo fué venerado lo mismo que los dioses; la república que organizó era mirada como una obra inimitable; su legislación fué la admiración de los filósofos y de los historiadores (1). Platon, al trazar el ideal de un Estado, tenía ante sus ojos las instituciones lacedemonias. La sociedad de Pitágoras tenía igualmente puntos de semejanza con el tipo de la ciudad doria (2). A estos respetables nombres se unen otros más secundarios, pero que también tienen su autoridad. Si Esparta, dice *Xenofonte*, una de las ciudades ménos populosas de la Grecia, es, sin embargo, una de las más poderosas y de las más célebres, hay que atribuirlo á la sabi-

(1) HEROD., I, 65, 66.—PLUTARC., *Lycurg.*, 29, 31.

(2) MÜLLER, *Die Dorier*, t. II, p. 181.